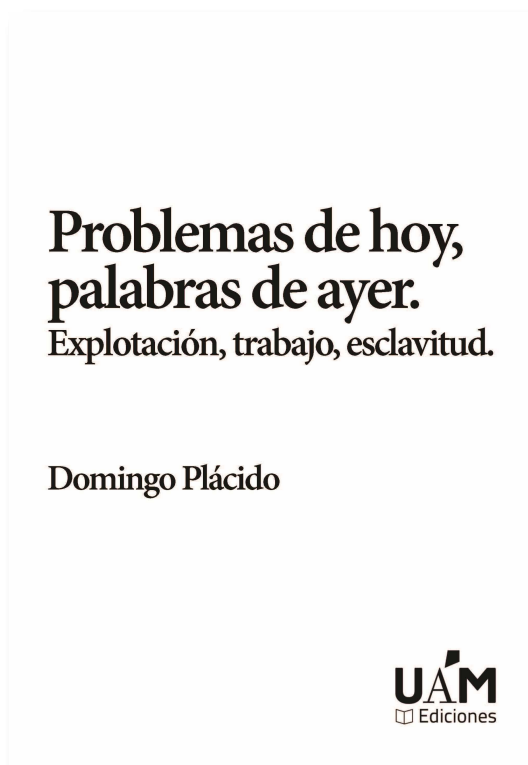


Domingo PLÁCIDO SUÁREZ, *Problemas de hoy, palabras de ayer. Explotación, trabajo, esclavitud*, Madrid, UAM Ediciones, 2023, 97 pp. ISBN: 978-84-8344-910-3.

La última monografía de Domingo Plácido que aquí reseñamos consiste en la recopilación de cuatro trabajos previos publicados en diferentes medios entre 2016 y 2022. Este libro es el segundo título de #HistoriasPúblicas, una colección editorial que pretende acercar la historia a la sociedad desde diferentes vertientes. El profesor bonaerense Julián Gallego es el encargado de elaborar una introducción (pp. 13-20) en la que recorre la

trayectoria académica y vital del Prof. Plácido, por un lado, y desarrollar una breve descripción de cada uno de los capítulos que componen esta obra, por otro. En esta parte introductoria, Gallego refleja el alto grado de compromiso político (y no solo intelectual) de Plácido. Este antiguo profesor de la Universidad Complutense de Madrid siempre se mostró disponible para intercambiar ideas, no solo a sus pares, sino también a sus discípulos y alumnos más jóvenes, sin imponer doctrina de ningún tipo, pero tampoco ocultando sus propias tesis. Sus intereses tradicionales hacia el estudio de las diversas formas de dependencia en la Antigüedad, así como hacia la esclavitud o las condiciones políticas de las *poleis*, unidos a la atención que ha prestado a la historiografía, han terminado por conducir a Plácido a un debate que se ha avivado en los últimos años de su producción académica sobre determinados elementos del pasado que pueden ayudarnos a comprender mejor nuestra realidad actual. Así pues, los cuatro capítulos que componen este breve libro utilizan como base común la Antigüedad para reflexionar

acerca de diversas condiciones materiales presentes. Son muchísimos los aspectos que pueden ser comentados en una obra de estas características. Sin embargo, y por cuestiones prácticas, me centraré en aquellos puntos que creo más importantes y, sobre todo, que me generan mayor controversia, entendiéndose que coincido con el autor en sus principales líneas argumentales.



En el primer capítulo, “La historiografía de la dependencia antigua en el ambiente de la explotación contemporánea” (pp. 21-39), Plácido reflexiona sobre la libertad, el trabajo, la explotación y la esclavitud, así como la manera en la que las condiciones actuales moldean nuestro propio interés por las explotaciones pasadas. En este capítulo, Plácido carga duramente contra la historiografía liberal. Desde el principio denuncia que, para algunos, ya “no hay esclavos jurídicamente señalados” (p. 22), pero que ello no impide que sigan existiendo otras formas de explotación que merezcan nuestra atención. De hecho, señala que en muchas de las sociedades capitalistas modernas existen formas de dependencia con apariencia de trabajo libre que en realidad no lo son. En este sentido, critica con suma elocuencia la manera en la que la historiografía liberal se centra casi exclusivamente en el *status* del individuo a la hora de interpretar la esclavitud y que, por esta razón, considera que ya no existe interés por ella, que ya no existiría. Es aquí donde Plácido reflexiona sobre las limitaciones del concepto de esclavitud en la historiografía liberal y explica que “es muy difícil asimilar que exista una explotación esclavizadora dentro es un sistema que se define por la libertad” (p. 24). Por supuesto, la crítica de Plácido a los modelos interpretativos liberales es totalmente comprensible. No obstante, creo que tampoco ayuda a combatir la maniquea idea de esclavitud de la historiografía liberal la ausencia de definiciones hegemónicas, claras y concisas de lo que se entiende por esclavitud dentro de la historiografía no liberal (sea esta o no marxista). Ello no impide criticar el sistema neoliberal, por supuesto. Como el mismo autor insiste: “se creía que el operario vendía libremente su fuerza de trabajo y todavía los neoliberales dicen creerlo” (p. 26). Sin embargo, y aunque coincida de nuevo con su argumentario, conviene señalar que Plácido evita, una vez más, cuestionar otros sistemas como los socialistas o comunistas, donde tampoco se vende de manera libre la fuerza de trabajo. Al fin y al cabo, como bien expresa (p. 27), el auténticamente libre es el que no trabaja. En este punto, pues, se plantea si merece la pena investigar sobre la esclavitud en un mundo como el actual. Cree que sí, porque fuera de la historiografía liberal se puede llegar a comparar el “trabajo libre” actual con el esclavismo antiguo. Independientemente de que esta comparación pueda realizarse o no, desconozco hasta qué punto esta premisa queda bien sustentada en algunas de sus reflexiones ulteriores. Por desgracia, a diferencia de la historiografía liberal, la historiografía no liberal no proporciona tampoco una definición concisa y clara de lo que se entiende por “trabajo”, al igual que, como comentamos anteriormente, no la proporciona para “esclavitud”. A esta imprecisión terminológica (o, al menos, a una falta de conceptualización hegemónica) en la historiografía no liberal, se le une una serie de premisas y argumentos que esgrime Plácido y que considero que no son del todo acertados. Por ejemplo, el autor cree que la privatización conduce a la corrupción (p. 33), pero, ¿acaso la corrupción del ser humano depende de la propiedad?, ¿es más corrupta una sociedad en donde los medios son de propiedad estatal frente a otra en donde los medios son de propiedad privada? Asimismo, poco después condena las “anheladas relaciones universidad-empresa”, las cuales percibe como negativas. De nuevo, creo que aquí también sería interesante conocer un poco más la opinión de Plácido sobre esta cuestión. En un mundo, como el propio autor reconoce, globalizado y capitalista, ¿qué sentido tiene que exista en él una institución que se presupone “preparadora” de la futura mano de obra pero que, a su vez, va detrás de las empresas en términos competitivos? Volviendo de nuevo a la cuestión en torno a la esclavitud, Plácido sí proporciona al final del capítulo la que es su idea de la misma, aunque su definición resulta excesivamente amplia. Piensa que la esclavitud se definiría por la “actividad laboral” (p. 39) y no por el estatus cívico que defiende la historiografía liberal. Insisto, convendría delimitar aquí a qué nos referimos con “actividad laboral”, pues el mayor esclavo del sistema actual (en España al menos) podría llegar a ser para algunos el rey, que jamás es libre de expresar sus

propias opiniones porque vive en una jornada laboral continua. No obstante, al margen de mis discrepancias personales con el autor en algunas cuestiones concretas, este capítulo proporciona una sólida base teórica sobre la que reflexionar, sobre la que debatir y sobre la que repensar nuestra sociedad actual y sus relaciones de dependencia.

El segundo capítulo del libro, titulado “el fin de la Historia y el renacimiento del pensamiento crítico” (pp. 41-53, traducido del francés por Pedro Tena), aborda nuevamente varios temas relacionados con el trabajo libre y lo que podría considerarse la esclavitud bajo sistemas democráticos y/o autoritarios. El autor critica, con acierto a mi parecer, la manera en la que se ha asumido que las crisis son inevitables en el sistema liberal (p. 42), algo que conduce irremediablemente al triunfo del capitalismo. Sin embargo, me gustaría apuntar aquí que, al menos, mientras que las crisis del capitalismo son cíclicas, los sistemas alternativos suelen conducir en cambio a una degradación material paulatina que acostumbra a terminar en colapso del propio sistema. Plácido también reflexiona en este capítulo sobre el papel que juega hoy la tecnología, pues considera que es “una nueva forma de esclavitud bajo el disfraz de trabajo libre” (p. 45). Esta postura me recuerda ligeramente al ludismo surgido a inicios del siglo XIX y me plantea ciertas preguntas. Por ejemplo, ¿es que acaso eran más libres los trabajadores entonces? Creo que es importante realizar una reflexión entre los historiadores actuales acerca de cuál debe ser el papel que la tecnología juegue en nuestras sociedades, así como ser honestos sobre si su labor ha contribuido de manera positiva o negativa a nuestro bienestar. En este sentido, debo manifestar que me decanto más por pensar que la tecnología ha sido y es una herramienta de progreso y no de regresión, de libertad y no de opresión o esclavitud. Por otro lado, sí vuelvo a coincidir con Plácido en que algunos historiadores piensan erróneamente que “el clasicismo es ya un ejemplo de sociedad libre, ya que es la cuna de la sociedad occidental, un modelo universal de libertad, frente al despotismo que representan las sociedades de Oriente tras la caída del Muro” (p. 47). Acierta en este punto el autor al señalar este eurocentrismo, que tanta fuerza está ganando en Europa en los últimos años. Sin embargo, de la misma forma que comparto su crítica hacia aquellos que extrapolan la libertad de los antiguos a la libertad de los modernos, como señalé en el párrafo anterior, tampoco nosotros deberíamos extrapolar la precariedad actual a la institucionalizada esclavitud antigua. De nuevo, en un campo socioeconómico, Plácido denuncia que “con la globalización, el Estado ha perdido su capacidad de garantizar los derechos de la ciudadanía y se ha sometido al dictado de los mercados” (pp. 48-49, siguiendo a Alonso 1999). Una vez más, no puedo sino mostrar un cierto escepticismo ante algunas de estas afirmaciones. ¿Le parece a Plácido que los derechos de la ciudadanía están menos garantizados en sociedades globalizadas frente a otras donde se practica un mayor proteccionismo o que son más herméticas? Esta supuesta relación entre una mayor globalización y una menor garantía de derechos ciudadanos no la veo clara del todo. Al margen de estas cuestiones menores, esta segunda contribución invita a repensar, eso sí, cuál era la realidad detrás del trabajo “libre” de las sociedades antiguas y si el trabajo asalariado actual es o no una característica del hombre libre.

Es precisamente en el tercer capítulo, “la libertad como pretexto de la explotación servil. El olvido de la esclavitud” (pp. 55-69) en donde Plácido denuncia el abandono del estudio de la esclavitud por parte de la historiografía progresista (algo que denunciábamos ya en el primer capítulo y que el propio autor menciona de pasada en el segundo, p. 51). En esta parte del libro no solo se lamenta de la falta de interés hacia el estudio de la esclavitud por parte de los historiadores progresistas, sino que también añade más contradicciones existentes en la historiografía liberal. Por ejemplo, señala el hecho de que se haya obviado repetidamente la presencia de la esclavitud en la Grecia antigua entre los historiadores liberales, a la par que ponían esta civilización como paradigma de la libertad (p. 55 y de

nuevo en pp. 59-61) o menciona a los nuevos liberales que, incluso hoy, defienden la esclavitud (pp. 66-67). Más adelante, Plácido reconoce (y coincide con él) que la explotación hacia los trabajadores es menor en los sistemas democráticos que en los autoritarios. Entre estos regímenes autoritarios destaca el nazi, el fascista y las dictaduras de Videla o Pinochet (p. 62). Cierra el capítulo diciendo sobre el trabajo libre asalariado moderno que “el problema de esta forma de esclavitud actual es que las cadenas son tan sutiles que el esclavo cree vivir en libertad, porque sólo se percibe en el marco de las relaciones laborales y éstas mismas se presentan como gobernadas por el paradigma de libertad” (p. 68). Sin embargo, creo que este es un problema teórico importante. A diferencia de la historiografía liberal, que limita la esclavitud al estatus del individuo de manera clara, la historiografía no liberal presenta contradicciones importantes fruto de esa falta de conceptualización de los términos “libertad”, “esclavitud” o “trabajo” que apuntaba ya en el primer capítulo. A ojos de la historiografía no liberal, pues, si hay esclavitud moderna, y esta se corresponde con el trabajo *libre* asalariado, se podría afirmar que en cierta medida prácticamente todos somos esclavos, también los banqueros y empresarios.

Termina esta obra un cuarto capítulo dedicado, como su título indica, a “la definición de la libertad y la esclavitud en el imperialismo ateniense” (pp. 71-86). Este es probablemente el capítulo que mejor refleja el alto grado de conocimiento de las fuentes antiguas por parte de Plácido. A lo largo de estas páginas queda clara la paradoja de la democracia de Atenas, un sistema que se sustentaba en el imperio y la esclavitud y que, a la par, defendía la igualdad entre los ciudadanos atenienses. De hecho, Plácido identifica con suma agudeza cómo en Atenas “la crisis del imperio plantea la necesidad de nuevas formas de entender la democracia, más sometida a la ley que a la Asamblea” (p. 74). Como bien indica, ya a finales del siglo V a. C. existe el dilema entre la conservación de la democracia o el mantenimiento del imperio. Por último, parte del problema radica, como de nuevo acierta en plantear Plácido, “en que el final de la esclavización de otros podría revertir en la esclavización propia” (p. 81), de manera que, con la desaparición del imperio ateniense, se fueron constituyendo nuevas fórmulas de dependencia clientelar basada en otras formas de esclavitud mercancía (p. 86).

Finalmente, cierra esta compilación de capítulos una extensa bibliografía conjunta de todos ellos, la cual puede ser útil para el público especialista en la materia que busque profundizar en aquellos aspectos que le resulten de mayor interés. Al margen de aquellas cuestiones interpretativas que más me alejan de algunos postulados de Plácido, espero que esta reseña muestre que *Problemas de hoy, palabras de ayer. Explotación, trabajo, esclavitud* es una obra imprescindible en cualquier biblioteca y para cualquier autor interesado en temas que, aunque estén relacionados con las sociedades antiguas, poco se alejan de muchas de las dificultades que atraviesan las sociedades actuales. En definitiva, esta obra contribuye con valiosos y enriquecedores puntos de vista a repensar la esclavitud y las formas de dependencia, tanto antiguas como modernas, ofreciendo una mirada alternativa a la hegemónica historiografía liberal.

Unai IRIARTE ASARTA
Harvard University
uiriararte@fas.harvard.edu
<https://orcid.org/0000-0002-3166-5887>